Opinión

Minería del cobre, mejor de lo que parece

Gustavo Lagos
Académico Centro de Minería Universidad Católica

LA MINERIA del cobre enfrenta un panorama de precio menos auspicioso de lo augurado a principios de este año. Varias de las instituciones más expertas del mundo han bajado ya sus proyecciones para este año y el próximo. Pero no todo es sombrío para las mineras y para el país. Si bien en 2012 comenzó una postergación de varios proyectos mineros nuevos, las expansiones e inversiones de reposición siguen adelante, y posiblemente continuarán incluso con precios más bajos que el actual. Entre estas últimas están las inversiones estructurales de Codelco, sin las cuales esta empresa deja de tener un futuro de largo plazo.

El año pasado, la minería invirtió US$ 8.500 millones, sin considerar las nuevas minas, y en 2013 y más adelante ocurriría lo mismo. Ello constituye una fuente de empleos directos e indirectos impresionante, que mantendría una alta demanda en la construcción, en las empresas de ingeniería y de servicios, en las universidades, y en el país en general.

Por otra parte, este año la producción de cobre de Chile alcanzaría un máximo histórico, superior a los 5,8 millones de toneladas. En 2014, el crecimiento será aún mayor, alcanzando cerca de 6,3 millones de toneladas. Entonces, el gasto operacional de las mineras, que alcanza cerca de un 9% del PIB, seguirá requiriendo más técnicos, profesionales, insumos y servicios.

Junto a ello, la reducción del precio del cobre ha elevado el precio del dólar en cerca de 6% este año, lo que significa una reducción de los costos cercano al 3%, ya que muchos de los gastos operacionales e inversionales se pagan en pesos chilenos. Ello, junto al aumento de la producción y al esfuerzo que las mineras están haciendo por aumentar la productividad, hacen augurar que los costos de la minería chilena se reducirían en al menos un 12% este año, sólo por factores endógenos. Si a ello se suma la natural reducción de los costos de la minería global debido a la menor demanda por insumos y servicios, tenemos una situación auspiciosa. En otras palabras, los retornos, la competitividad y la productividad de la minería chilena aumentarían este año, a pesar de un menor precio del cobre, contribuyendo a una mayor recaudación fiscal que la prevista en el presupuesto de este año, el que ya era conservador.

Los retornos, la competitividad y la productividad de la minería chilena aumentarían este año, a pesar del menor precio del cobre. Las nubes que hay en el horizonte minero están, por ahora, en el terreno político más que en el económico.

Las nubes que hay en el horizonte minero están, por ahora, en el terreno político más que en el económico. Primero, la decisión del gobierno de no autorizar una capitalización de Codelco con dinero fresco y hacer sólo un cambio contable no hace crecer el patrimonio y pone en peligro el plan de inversiones. Hay que reinvertir utilidades ahora, con un precio que está en descenso, pero que aún es bueno. Más adelante se hará cada vez más difícil.

Segundo, la falta de una estrategia de consenso para el crecimiento energético pone en jaque al mayor motor de crecimiento económico del país, la minería. Este es un problema político urgente que debe resolverse. Y, finalmente, es imprescindible que las promesas de la campaña presidencial aterricen en la realidad probable para los cuatro años siguientes, con un superciclo en descenso que aconseja prudencia.

La enfermedad de la derecha

Juan Ignacio Brito
Periodista

LA INCOMBUSTIBLE fuerza electoral de Michelle Bachelet y el retorno de los antiguos fantasmas de la división han provocado en la derecha chilena un rebrote de esa enfermedad histórica que padece: el derrotismo. La dolencia tuvo en el último tiempo expresión en el voluntarismo que llevó a promover en el sector el voto por Andrés Velasco, ejercicio que supuestamente rendiría frutos para impedir un triunfo avasallador de la ex presidenta en el pacto Nueva Mayoría.

Fracasada esa afiebrada estrategia, ahora muchos en la derecha creen que una derrota es inevitable y que presenciamos una carrera corrida. A lo único que puede conducir esa manera de ver las cosas es a la profecía autocumplida del desastre en noviembre.

Es cierto que Bachelet obtuvo una votación espectacular que la ubica como la favorita indiscutible. Pero eso no significa que haya que abandonar antes de empezar a competir en serio por el 80% del padrón electoral que no se manifestó el domingo. Por lo demás, en términos absolutos, las primarias fueron un rotundo éxito para la derecha, que llevó a votar a más de 800 mil personas, cuando los mejores pronósticos sólo auguraban menos de la mitad. Y en términos relativos, la expectativa era que, con un millón de votos, la Nueva Mayoría triplicara las mejores esperanzas de la Alianza, cosa que no sucedió (la proporción fue 2,6:1).

Así, las primarias dejaron en evidencia que hay en todo el territorio nacional 800 mil votantes "duros" por la derecha. Ellos constituyen una base nada despreciable que debe ser un activo muy útil de cara a noviembre. Para aprovecharlo se requiere una campaña bien diseñada, unidad en el sector y marcar diferencias con Bachelet. Por ahora, no hay que alarmarse por las fricciones que se han visto en los últimos días: son pataletas comprensibles tras una primaria reñida, y deberían ceder cuando todos comprendan quién es el adversario real. Es mejor recordar que hace sólo una semana la crítica era que los precandidatos no se hacían daño y mostraban un espíritu contemporizador que, incluso, a algunos les resultaba aburrido.

Si la derecha reafirma su unidad y convicciones, tiene opciones de hacer una campaña muy competitiva. Si no lo hace, se impondrán las voces derrotistas y no habrá curación posible.

La posibilidad del triunfo pasa también por la diferenciación. La popularidad de Bachelet no sólo es una amenaza para la derecha por el arrastre de la ex presidenta, sino también porque puede inducir a creer que no hay que enfrentarla, sino parecerse a ella. Sería un error grave para la candidatura de Pablo Longueira caer en la fórmula que antaño propuso su hoy jefe de campaña: el "bacheletismo-aliancismo". Este no sólo es peligroso de cara a noviembre, sino que puede causar un perjuicio de largo plazo a la derecha chilena, la cual debe confiar en sus ideas y proponerlas al público de manera atractiva y convincente, sin convertirse en un travesti poco creíble que termine diluyendo su identidad. Sólo así será una fuerza política viable ahora y en el futuro.

Si la derecha reafirma su unidad y sus convicciones, tiene posibilidades de hacer una campaña muy competitiva. Si no lo hace, se impondrán las voces derrotistas y no habrá curación posible para la peor enfermedad del sector.

La propuesta urbana de Bachelet

Iván Poduje
Arquitecto

LA SEMANA pasada, Michelle Bachelet presentó su programa urbano, cuyo foco principal es reducir las desigualdades que aquejan a nuestras ciudades, en concordancia con la idea fuerza que inspira su propuesta de gobierno.

La primera medida es romper las enormes brechas presupuestarias entre los municipios, que son un freno para alcanzar mayor equidad territorial. Para ello se propone traspasar más recursos desde el gobierno central y reforzar las plantas profesionales de las comunas más pobres, lo que es un acierto.

En línea con lo anterior, la ex presidenta busca garantizar que todos los barrios cuenten con estándares mínimos de calidad urbana, como una plaza a 15 minutos de caminata o un servicio público a 20 minutos de viaje en bus. La idea es potente y tiene larga data, pero el método para concretarla es discutible, ya que obliga a crear una institución que defina estos estándares y no precisa los recursos requeridos para cumplirlos.

Otra prioridad es evitar que aparezcan nuevos focos de segregación. Esto se lograría mediante una "política de suelo", que genere un stock de terrenos fiscales para levantar barrios de vivienda social bien equipados y conectados. Además, se definirían regulaciones y compensaciones para que vertederos o centrales de energía no se localicen solamente en territorios de bajos ingresos, como ocurre hoy.

Menos acertada es la idea de capturar las plusvalías generadas por grandes inversiones públicas. Además de su baja renta política, esta medida podría ser regresiva, ya que muchas obras públicas se construirán en comunas populares, como se pudo ver con las líneas de Metro y trenes suburbanos anunciados recientemente para Santiago. En estos casos, la idea es que la infraestructura pública agregue valor y no que el Estado lo quite mediante un tributo.

La propuesta también incluye medidas para preservar el patrimonio, favorecer la participación ciudadana y promover la descentralización, con la elección directa de intendentes y el traspaso de competencias y recursos hacia los gobiernos regionales, que tendrían que formular planes para recuperar barrios con altos índices de marginalidad.

Se trata de un programa ambicioso y bien direccionado, aunque sin un cronograma que precise plazos y recursos, lo que es preocupante.

Como vemos, se trata de un programa ambicioso y bien direccionado, aunque sin un cronograma que precise plazos y recursos, lo que es preocupante. Otra debilidad es la ausencia de una propuesta potente en materia de transporte público, un tema clave para reducir la segregación y para normalizar de una vez por todas el Transantiago.

Dentro de los aciertos, está haber incluido la opinión de 200 personas del mundo académico, social y político, provenientes de varias regiones del país. Esto le agregó diversidad al programa y le permitió incluir ideas provenientes de la Política de Desarrollo Urbano de los precandidatos que perdieron la primaria.

De hecho, se observan coincidencias importantes, que constituyen un piso potente para alcanzar consensos y avanzar en temas claves como la reducción de la segregación o la descentralización. Para ello es fundamental que la ciudad sea vista como un motor de integración social y una prioridad política, lo que no ha ocurrido hasta el momento en el comando de la ex presidenta.